

cer á Jesu-Christo el Sumo Sacerdocio; y que ya no serán las manos impuras y sacrílegas las que esten encargadas de ofrecer las víctimas, sino las manos puras de un Sacerdote Santo, que ha de ser al mismo tiempo el Sacrificador y la Hostia. Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? dice el Pontífice. He aquí ahora acabais de oír la blasfemia.

Ministros de Jesu-Christo, vosotros que no conoceis la fuerza del respeto humano, y á quienes la contemplacion y el deseo de agradar no es un estorbo para el cumplimiento de vuestras obligaciones decidme: ¿no recibis este mismo tratamiento de los Christianos quando no estais acordes con sus pasiones y caprichos en la decision de las consultas que os hacen? Hermanos míos, en esta conducta del Sumo Sacerdote no reconocéis la vuestra? Quando con una buena fé aparente quereis saber nuestro modo de pensar sobre vuestras máximas y costumbres, si acaso tenemos la firmeza de contradecirlas, ¿no procedéis á motejar nuestra exáctitud de indiscrecion y de mal humor? ¿No mirais muchas veces nuestros dictámenes

como blasfemias? Por exemplo, amais el juego con exceso, y quisierais que le autorizassemos como una honesta recreacion. Os agradan los espectáculos, y quisierais que se aplaudiera vuestro buen gusto. Os ciega una pasion loca, y deseariais sobremanera que á lo ménos se excusase vuestra debilidad; pero si llenos de zelo os manifestamos el peligro que hay hasta en los mismos placeres; si con el Evangelio en la mano os probamos que no teneis de christianos mas que el nombre; inmediatamente decis que pretendemos turbar la paz de vuestras conciencias, y en el mundo tales hombres son blasfemos. Infelices de nosotros, hermanos míos, si por contemplar vuestras flaquezas, alteramos el santo rigor del Evangelio; pero mas desgraciados vosotros, si la voz de las pasiones tiene mas imperio sobre vuestro corazon que la de la verdad. Temblemos, hermanos míos, al contemplar la ciega obstinacion del Sumo Sacerdote. No bien acaba Jesu-Christo de asegurar que él es Hijo de Dios, quando ya se rompe todo miramiento: entónces le escupen en la cara, le maltratan á puñadas, y



le dan bofetadas en el rostro. Ya no se proporcionan los ultrages á los pretendidos crímenes de que se le acusa: ya no se guarda ninguna fórmula de justicia, ni se siguen otras leyes que las del furor y la venganza. Entónces le llevan atado á casa de Pilatos, Gobernador de la Judéa por los Romanos, el qual para hacer las amistades con Herodes, se lo remitió, á fin de que lo juzgase, y esta es la tercera humillacion de Jesu-Christo.

En efecto, Jesu-Christo era un Dios, y habia dado pruebas de su divinidad con tan innumerables prodigios como habia obrado en favor de los que venian á él con fé; pero sin embargo se ve hecho el desprecio de una Corte desenfrenada. Herodes quando vió á Jesus, se holgó mucho, porque habia largo tiempo que deseaba verlo, no porque quisiese seguir su doctrina, porque ella era muy opuesta á la carne, y á la sangre, y su moral era muy dura para un corazon voluptuoso como el suyo; pero como habia oido decir de él muchas cosas, esperaba verle hacer algun milagro.

Permitidme aquí, hermanos míos,

como de paso una reflexion que me suministra el ministerio mismo que tengo á mi cargo. Muchas veces subimos á las cátedras de la verdad, y como en ellas ocupamos el lugar de Jesu-Christo, deberiamos autorizarnos como jueces para condenar vuestros pecados; pero por el contrario somos juzgados y despreciados de vosotros. Es verdad que concurrís al Templo ansiosos de oírnos; pero esperabais prodigios como Herodes. Para merecer vuestro voto debería poseer el Ministro todos los primores de la eloqüencia humana; debería entreteneros mas bien que mover vuestros corazones; pero si con la respetable sencillez que conviene á tan alto encargo, solo anuncia á Jesu-Christo crucificado, viene por esto á ser el objeto de vuestra indiferencia y desprecio, y muchas veces de sales y dichos picantes.

Jesu-Christo calla en casa de Herodes, y si hubiera hablado, se echarian ciertamente á mala parte sus palabras. Calla, y se trata su silencio de estupidez y de locura. Si hubiera reprehendido á Herodes su incesto y sus deleytes, se le hubiera acusado de insolencia. Ca-



lla, y se le tiene por un insensato, se le viste de una túnica blanca, se le envia otra vez á su primer juez, y Pilato prepara á Jesu-Christo la quarta humillacion que consiste en verse sacrificado vergonzosamente á la ambicion de este juez á pesar de la inocencia de su corazon.

Si la probidad no consistiese en otra cosa que en exterioridades, mereceria Pilato el título de hombre virtuoso, porque al parecer se vale de quantos arbitrios puede sugerir la prudencia humana para arrancar al inocente de las manos de sus opresores; pero éstas son prudencias de la carne que reprueba el espíritu de Dios; y como la virtud de Pilato no reconoce otro principio que el orgullo, basta la mas leve pasion para destruirla: su corazon está dividido entre la justicia y el temor, y convencido de la inocencia de Jesu-Christo quiere al parecer absolverle en su tribunal. Atemorizado en el exterior por las voces y murmuraciones del pueblo, toma las medidas mas bárbaras para satisfacer su rabia. En el interior de su casa el sueño de su muger le inquieta y le hace suspender su juicio. A la puer-

ta de su palacio le asusta el nombre del César, y le ahoga el grito de su conciencia para no exponerse á su desagrado.

La conducta de Pilato deberia convencerlos, hermanos mios, de que no puede servirse á un mismo tiempo á dos dueños; que es preciso ser ó de Jesu-Christo ó del demonio, y que la oposicion entre la moral del Evangelio y las máximas del mundo es muy difícil de conciliar. Vosotros inconstantes en la práctica de la virtud, indagais algunas veces la causa de las caídas continuas que os afligen; pero no reparais en las pasiones que os invitan al mal, y que os hacen sacrificar la virtud por mas amable que os parezca á vuestros caprichos é inclinaciones.

Pilato, baxo el especioso pretexto de enternecer al pueblo, despoja á Jesu-Christo de sus vestiduras, le hace castigar con la dura y cruel pena de azotes, y en este estado, texiendo los soldados una corona de espinas, se la ponen sobre la cabeza, le visten un manto de púrpura, y Pilato le presenta así al pueblo, y le dice: ved aquí el Hombre. Consideremos, hermanos mios,



por un momento esta circunstancia de la Pasion de Jesu-Christo, porque ella debe instruirnos ó confundirnos. Si por estas señales se da á conocer el Maestro, ¿por quáles quereis que os reconozca por sus Discípulos? Ved aquí el Hombre: Jesu-Christo solo ha venido al mundo para curar, reparar y consolar nuestros males; y vedle ahora azotado por unas manos crueles. El no ha venido sino para merecernos una gloria inmensa; vedle ahora lleno de oprobrios. Su boca anunciaba siempre la paz, ahora guarda un profundo silencio. Sus miradas cambiaban los corazones mas inflexibles; y sus ojos solo se abren ahora para irritar sus enemigos. ¿Qué es este el Hijo del hombre anunciado por tantos Profetas!

— Sí, hermanos míos, este es Jesu-Christo: este es nuestro Dios, no le menospreciemos: este es nuestro modelo, no le desaprobemos: este será también nuestro juez, no nos avergoncemos por verlo ahora tan maltratado. Algunas veces haceis gala de ser de Jesu-Christo; pero quando á vista de este modelo examinamos vuestra conducta, y la conformidad que tenéis con él,

¿pensais que será posible reconocerlos por Christianos? Vuestro luxo, vuestra dissipacion, los afectos mundanos, toda vuestra vida ¿no indica la renuncia que habeis hecho de este honroso nombre? Hermanos míos, no querais ser de este número: acostumbraos á mortificar en Jesu-Christo todos vuestros sentidos: desprended los afectos terrenos de vuestro corazon: vivid crucificados para el mundo y para vosotros mismos, y entónces se conocerá al Maestro en el Discípulo, y á Jesu-Christo en el Christiano: entónces se verá al justo, al santo, al Hombre por excelencia: ved aquí el Hombre.

Los Judíos no miraban á Jesu-Christo en esta circunstancia triste y dolorosa, sino para prepararle dolores mas crueles todavía: los Pontífices y los Ministros daban voces diciendo: crucificalo, crucificalo. ¿Pero qué mal ha hecho, les pregunta Pilato? ¿Extraña pregunta, hermanos míos! En un juicio hecho segun el orden judicial, el exámen debe preceder á la sentencia; pero aquí se abandonan todas las fórmulas legales. Jesu-Christo acaba de sufrir los azotes, ¿y Pilato se atreve á



preguntar su delito? Pero todavía es mayor su injusticia quando se atreve á poner en paralelo á Jesu-Christo con un ladron famoso, llamado Barrabás. Costumbre teneis vosotros, dice al pueblo, que os suelte uno en la Pascua: ¿á quién quereis que os entregue libre, á Barrabás, ó por ventura á Jesus, que es llamado el Christo? Es posible, hermanos míos, que Jesu-Christo, este Hombre de paz, que no parece entre los hombres sino para aliviar y remediar sus necesidades, sufra una vergonzosa alternativa con Barrabás, que, como dice el Evangelio, acababa de hacer una muerte, la qual pedia una venganza pública; con ese hombre que solo ha vivido para turbar la paz del pueblo, y cuyas manos estan goteando aun la sangre de su hermano? ¿No debía esperarse, hermanos míos, que la injusticia de una accion tan odiosa conmoviese al pueblo; que el peligro de conceder la vida á Barrabás le sirviese á lo ménos para abrir los ojos? ¡Ah, qué poco conoceis el corazon del hombre, quando la malicia y la mala fé le ciegan! El entónces sacrifica facilmente la virtud mas sólida á los vicios mas ver-

gonzosos. Barrabás, ese monstruo peligroso es el objeto de su clemencia. Suelta á Barrabás, le dicen á Pilato. Jesus es el objeto de su furor. ¡Ah! que ya no se le vea en adelante sino para servir de espectáculo al pueblo sobre un infame suplicio. Pilato pretende excusar su injusticia lavándose las manos; pero el pueblo se goza de su abominable crimen, y dice: sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre. ¿No es evidente, hermanos míos, que este pueblo lleva sobre sí visiblemente hasta en nuestros dias el peso fatal de esta imprecacion? ¡Mi Dios, quando reunirás los tristes restos de Israel! ¡quando olvidarás su perfidia!

En fin, todas las estratagemas de Pilato no son bastantes para que este feroz pueblo reforme su injusticia; y por el contrario una sola palabra suya basta para decidir el corazon de este juez vendido á la iniquidad. Si á éste sueltas, le dicen, no eres amigo de César; porque todo aquel que se hace Rey, contradice á César. Este, hermanos míos, es el triunfo de la ambicion. El nombre de César tiene mas fuerza sobre este juez que la inocencia del Hijo de



Dios. El justo parece por delinquente á la vista del pueblo, y la ambicion le condena. Es preciso que perezca sin tener otro delito que el de desagradar al César si se le pone en libertad; y desde este momento ya no piensa Pilato en justificar á Jesu-Christo, le pone entre las manos de los soldados, y esta es la última humillacion para el Salvador.

Jesu-Christo era un Rey. Pilato le anuncia baxo de este nombre al pueblo: ved aquí vuestro Rey, les dice; pero él se obstina en desconocerle, y burlándose los Judíos de esta sublime qualidad, le ponen un manto de púrpura, una corona de espinas por diadema, una caña por cetro, y doblando ante él la rodilla le escarnecian, diciendo: Dios te salve, Rey de los Judíos. ¿Os irritais, hermanos míos, de que se le trate de esta manera? Pues sabed que vosotros le haceis iguales ultrages en su Templo. ¿Qué importa que doblando ante él la rodilla parezca que le rendis los homenages y tributos debidos, si vuestro espíritu está lleno de mil pensamientos que le insultan y deshonoran; si vuestros corazones están inclinados baxo el peso de las pasiones mas ver-

gonzosas! ¿No desaprobais así la adoracion que por otra parte dais á su divinidad? El Profeta en otro tiempo anunciaba á los Judíos que llegaría un día en que este Dios, ahora el objeto de su desprecio, les insultase á ellos; pero, hermanos míos, este oráculo habla mejor con vosotros que con este Pueblo; y temo mucho que este Dios, de quien os habeis burlado á los pies de sus mismos altares, no os arroje de sí en los dias de vuestra turbacion, porque en fin Israel no conocia al Rey de la gloria, y su ignorancia disminuia su delito; pero vosotros podeis desconocerle.

Ya es tiempo, hermanos míos, de pasar á la parte mas interesante del sacrificio de Jesu-Christo. Preparado por la obediencia, fortificado por las humillaciones, va á consumir con su paciencia su sacrificio sobre el Calvario: está es la última reflexión. *dom sb asoeriq*  
Tercera parte. Sufrir, y sufrir con paciencia, mirar los dolores y tormentos de esta vida como otros tantos testimonios sensibles de la proteccion del Señor, es una máxima; mis hermanos, muy conocida en la moral; pero muy



ignorada en la práctica. Los Christianos quieren participar de las ventajas de la fe, sin pasar por las tribulaciones que les presenta la religión. Los unos se engañan sobre la naturaleza de sus aflicciones, y se imaginan que el Señor ha reservado para ellos las mas penosas; otros se engañan sobre su duración; y apenas han llegado á tocar el cáliz con sus labios, quando ya le dexan; otros en fin se engañan sobre el principio de sus penas, y se persuaden que han sufrido bastante para reparar sus faltas. De esta manera ninguno quiere sufrir; pero para curar este espíritu de impaciencia, opondré solamente el exemplo de Jesu-Christo, y diré á los primeros: os quejais de la naturaleza de vuestras tribulaciones; pero tendréis valor para compararlas con los dolores que siente Jesu-Christo. Diré á los segundos: vuestras penas os parecen de mucha duración; pero acaso vuestro Salvador procura abreviar las suyas. Diré á los últimos, comparando vuestras faltas con vuestras tribulaciones, siempre os parecen éstas demasiadas; pero la inocencia del mas justo de los hombres le defiende acaso del

mas cruel de los suplicios. En una palabra diré á todos: Jesus es paciente en el camino del Calvario, sin embargo que lleva sobre sí nuestros pecados. Jesus es paciente sobre el Calvario, y nuestros pecados son los que le crucifican. Jesus es paciente sobre la cruz, y nuestros pecados son los que le quitan la vida. Estas tres reflexiones serán la materia de esta tercera parte.

Jesu-Christo es paciente sobre el camino del Calvario. Este nuevo Isaac lleva sobre sus hombros el madero pesado de su sacrificio, y mientras que su corazón vuela delante de los tormentos, su cuerpo se abate baxo el peso de su cruz. Esta cruz pesada que tanto le debilita, si fatiga al Dios fuerte, al Dios poderoso por excelencia, es porque carga y toma sobre sí todos los pecados de los hombres. Ya veis, pecadores, cuánto le cuesta á vuestro Dios esa delicadeza, ese orgullo, ese luxo, esa sensualidad de que está lleno vuestro corazón. Así quando Jesu-Christo iba que una gran multitud de Pueblos y de mugeres lo plañian, y lloraban, volviéndose á ellas les dixo: hijas de Jerusalem, no lloreis sobre



mí: ántes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. ¿Qué es lo que veis; Christianos, en el camino del Calvario? Al mas hermoso de los hijos de los hombres desfigurado por los golpes y los tormentos; pero volved al interior de vuestro corazon, y vereis en él esa alma criada á la imagen y semejanza de Dios, desfigurada por el pecado: en él vereis esa túnica de la inocencia lavada en otro tiempo con la sangre del Cordero, y ahora llena de mil manchas vergonzosas. Este es el espectáculo que debe excitar particularmente vuestras lágrimas. ¿Qué ois en el camino del Calvario? Las blasfemias de unos soldados impíos, los clamores de un Pueblo sedicioso pidiendo la muerte de un justo; pero entrad dentro de vuestro corazon, y reconocereis que los desórdenes vergonzosos, ocasionados por las pasiones que reynan en él; los remordimientos punzantes que le atormentan, y los gritos de una mala conciencia piden con mas justo título que se derramen lágrimas de sangre para limpiarlos de tantos pecados.

En fin, ¿qué objetos os presentará el Calvario? El aparato de un suplicio el mas infame, y los ministros de la mas cruel venganza; pero otro espectáculo os llama desde lo interior de vuestro corazon, y os dice, que aquí encontrareis el delinqüente, á quien habeis de castigar, y al crimen que exige vuestra venganza. ¿Acaso, porque Jesu-Christo no se queja, le concederemos solamente el tributo estéril de algunas lágrimas? Injustos, esto seria dar á nuestro Dios la compasion que no rehusamos á qualquiera de los miserables que se llevan al suplicio. Pasemos á la segunda reflexion.

Jesu-Christo sobre el Calvario da nuevos exemplos de paciencia, y nuestros pecados le crucifican. El Hijo de la promesa llega en fin á la montaña destinada al sacrificio. Ya no pregunta donde está el holocausto, porque sabe bien que los sacrificios de los animales han venido á ser abominables á los ojos del Señor, y que su justicia exige una víctima de mas subido precio. Por tanto entrega sus manos y sus pies á los verdugos, y se dexa tender sin resistencia sobre la cruz, que es el al-



tar de su amor. Ni los clavos que le atraviesan, ni los dolores de un cuerpo lleno ya de tormentos, ni el furor de los verdugos y de los ministros que le cercan, le sacan una sola palabra de queja y murmuracion. ¿Qué digo? Su boca hasta entónces muda para defenderse, empieza á pronunciar palabras de paz para sus enemigos: estas palabras son oraciones para los pecadores, y promesas para toda la Iglesia. Padre, decía Jesus, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Los decretos desconocidos de vuestra justicia, los motivos ocultos de mi obediencia, el velo espeso que cubre sus ojos son las causas de mi muerte, y así merecen que los perdoneis, porque ignoran la enormidad de su pecado.

Uno de aquéllos ladrones que estaban colgados á su lado le injuriaba diciendo: si tú eres el Christo, sálvate á tí mismo y á nosotros; pero el otro reconociendo que Jesus era el verdadero Dios, le decía: Señor, acuérdate de mí quando vinieres á tu Reyno. Pecadores que me escuchais, si para poner en accion vuestra indiferencia, y ablandar la dureza de vuestro corazon,

nos veámos algunas veces en la precision de recordaros los juicios de Dios, hoy os hablamos solamente de misericordia y de gracia. Acercaos por tanto llenos de confianza al trono de su clemencia. ¿Acaso habiendo asegurado á sus Apóstoles, que quando fuese levantado á lo alto atraeria á sí toda criatura, os desechará á vosotros? En verdad te digo, dixo al buen ladron, que hoy serás conmigo en el paraíso.

Pero Jesus distingue al pie de la cruz los dos mayores objetos de su amor: una Madre querida, á quien siempre fué obediente, y un Discípulo escogido entre todos los otros que siempre le fué fiel. ¡Quántos Christianos no tienen fuerzas en la última hora para tener á su vista semejantes espectáculos! El amor mismo que los profesan turba, y llena su alma de amargura, porque el hombre quando está cercano á dexar la tierra, ama comunmente con mas intension las cosas terrenas. ¿Queremos que en los últimos momentos no molesten ni turben nuestro espíritu los cuidados temporales? Pues fixemos los ojos en Jesu-Christo al espirar en la cruz. Entónces no ve en su Madre y en su Dis-



cípulo sino los instrumentos de la consumacion de la obra que el Padre le habia confiado. En el Discípulo que amaba ve á todos los hombres para recomendárselos á María en su cabeza, diciendo: Muger, he ahí tu Hijo: y en María ve una Madre llena de ternura para ser la mediadora de todos los pecadores; y así le dice al Discípulo: he ahí tu Madre. Jesu-Christo no piensa tanto en sus tormentos como en nuestras miserias: no son sus dolores, sino nuestros males; los que quiere remediar sobre la cruz. Así, mis hermanos, no os admireis si los Ministros de la Religion santa os presentan tantas veces el misterio de la cruz. No hay virtud alguna sino por ella; no hay otro mérito que el que se saca de los tormentos de un Dios; no hay otro refugio que el que se busca en sus llagas; ni otra esperanza que la que se funda en su sacrificio.

201 Jesu-Christo habia padecido mucho durante su vida, porque toda ella fué un tejido de penas, de trabajos y de humillaciones; pero sin embargo no parecen de mérito alguno mientras que no se ha consumado su sacrificio. Una

sola gota de su sangre bastaba para rescatar al mundo entero; pero vierte muchas gotas al filo del cuchillo doloroso de la circuncision, y la derrama con abundancia en sus azotes y en su agonía. Una sola de sus lágrimas era suficiente para apagar el fuego de nuestras pasiones, y Jerusalem mas de una vez habia sido el objeto de sus llantos. Sin embargo, hermanos míos, estos multiplicados tormentos, este sacrificio continuo, no bastan para satisfacer su amor. Es preciso que se exponga sobre un infame suplicio, y pague todas nuestras deudas; y á medida que se multiplican los pecados, y que los hombres se fortifican mas en ellos, tantos mas tormentos y dolores quiere padecer Jesu-Christo. La ofensa es infinita, y por consecuencia debe tambien serlo la reparacion. El hombre lo concede todo á sus pasiones, y Jesu-Christo entrega todo su cuerpo á los tormentos. Levantado sobre la cruz, no se le oye ni una palabra que respire la menor queja; y nuestros pecados sin embargo son los que le quitan la vida. Entre tanto que padece, solo pide que se alivie la sed que le devora. Sed tengo,



dice. Nosotros, si somos eloqüentes, pintamos nuestros males con colores capaces de excitar la compasion de nuestros oyentes ; y Jesu-Christo habrá dicho demasiado, quando dice que tiene sed ? Pecadores, si en esta ocasion está sediento, solo es de vuestra salud ; y si en estos dias de misericordia endureciéseis vuestros corazones, le oiriais clamar de la misma manera : sed tengo. Esto fué lo que le dixo á la Samaritana á la orilla de los pozos de Jacob, y ella con pronta docilidad supo apagar el ardor que le devoraba. A vosotros, Christianos, os grita ahora desde lo alto de la cruz, y quizá en este mismo instante imitais con vergonzosa resistencia la dureza de esos hombres que para saciar su sed, le dan á beber hiel y vinagre.

A este insulto siguen las mas horribles blasfemias. Los unos moviendo sus cabezas, le decian : ha, tú el que destruyes el templo de Dios, y lo edificas en tres dias, sálvate á tí mismo ; y otros, si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Uno de los ladrones le improperaba diciendo: si tú eres el Christo, sálvate á tí mismo y á no-

sotros. Todos le piden milagros ; pero ninguno les será concedido ; porque Jesus, al espirar en la cruz, es un prodigio que la naturaleza no puede ver sin horror.

Todo se ha consumado, exclama Jesus. El culto Judaico está destruido: la antigua alianza ya no subsiste: Moisés y los Profetas callan, y el mas justo Legislador viene á dar las mas santas leyes : todo se ha consumado. La plenitud de los tiempos ha venido: un Pueblo nuevo sucede al Pueblo antiguo en la posesion de la herencia: la muralla que dividia al Judío del Gentil ya está destruida: nosotros somos restablecidos en los derechos de que la justicia de Dios habia despojado á nuestros Padres: este es el fruto de todos sus tormentos. Todo se ha consumado. Jesus, dando un grande grito inclina la cabeza, y espira sumergido en el mas profundo silencio ; pero un silencio mas eloqüente mil veces que todos los razonamientos de la Sabiduría humana.

Ved, hermanos míos, el gran misterio que la Iglesia celebra cubierta de tristeza en estos dias. Ved el impor-



tante objeto que reúne hoy en nuestros templos tantos oyentes, y tantos Ministros para instruirlos. ¿Pero cuáles son los frutos que esperais sacar? ¿Habeis venido á ver el tierno espectáculo de la cruz de Jesu-Christo? Los Judíos viéron realmente en otro tiempo lo que ahora veis en figura, y sin embargo no se ablandó la dureza de su corazon. ¿Venis á interesar vuestros sentimientos en la historia de las humillaciones de Jesu Christo? Este mismo Salvador habló sobre la cruz, y todo Israel se endureció á su palabra: ¿volveréis á vuestras casas sin sacar fruto alguno de tantos dolores?

Concluyo, hermanos míos, este discurso refiriendo un pasage del Deuteronomio. Quando se encontraba un muerto en el campo, y se ignoraba el agresor, disponia la ley que se juntasen los ancianos del Pueblo mas vecino, y estando al rededor del cadáver jurasen levantando la mano en nombre de sus conciudadanos, que ellos no habian muerto aquel hombre. Pues aquí, hermanos míos, tenéis un objeto para aplicar esta figura. Mirad esta cruz, aquí tenéis un hombre el mas inocente de

todos los nacidos, y á quien una secreta y criminal venganza ha desfigurado sobremanera. ¿Conoceis los sacrilegos autores de esta muerte? ¿Os atreveréis á levantar la mano sobre esta adorable víctima, y asegurarme que no tenéis parte en ella? ¡Ah, pecadores! si tuviereis valor para dar este seguro, ¿no se abririan en este mismo instante las llagas de mi Señor para desmentiros y confundiros? La sangre adorable que corre todos los días con tanta abundancia, os echaria en cara vuestro crimen, y os diria que esta boca no es muda, sino porque la vuestra está pronta para las mentiras, para las palabras obscenas, las imprecaciones y las blasfemias: que estos ojos están cerrados, porque los vuestros están abiertos á los objetos sensuales y terrenos, y muy separados de la miseria del pobre: que este costado está abierto, porque los habeis hecho sordos á la palabra de Dios, y porque habeis cerrado vuestro corazon á su gracia: que estos pies y estas manos están clavadas en la cruz, porque siendo como sois esclavos de la carne y de los sentidos, habeis hecho servir vuestros miembros por instru-